

1) ¿Cuál fue/es su relación con los miembros del grupo Diáspora(s)? Por favor, mencione cualquier recuerdo o anécdota que describa el entorno o el ambiente donde los conoció/trató.

La relación que establecí con el grupo Diáspora(s), en un primer momento, fue directa, vital, poética, luego fue crítica y contextual. La primera vez que conocí a algunos de los poetas del grupo fue a principios de los años noventa, todavía no como miembros del grupo sino como integrantes de una antología de la llamada generación de los ochenta. Asistí al lanzamiento de *Doce poetas a las puertas de la ciudad* (1992), donde leí por primera vez a Pedro L. Marqués de Armas, Ismael González Castañer, Carlos Alberto Aguilera, Ricardo Alberto Pérez, Rogelio Saunders y Rolando Sánchez Mejías, junto a otros tres poetas que con el tiempo terminarían escribiendo una poesía muy cercana a la poética general del grupo, Rito Ramón Aroche, Juan Carlos Flores y Víctor Fowler, pero también junto a otro poeta decisivo en esa generación, Antonio José Ponte, quien escribió el prólogo poético de esa compilación. De un verso de ese prólogo se tomó el título, “En las puertas de la ciudad”... Extrañamente, de otro memorable verso suyo, “Ahora que estamos muertos conversamos mejor”, pudo sobrevenir con el tiempo, simbólicamente, el de una antología ya definitiva de ese grupo, *Memorias de la clase muerta. Poesía cubana 1988-2001* (2002), compilada y epilogada por Carlos A. Aguilera, pero prologada por Lorenzo García Vega -acabo de escribir un libro sobre este último escritor, *Kaleidoscopio. La poética de Lorenzo García Vega* (Madrid, Editorial Colibrí, 2012), y en él aventuro algunas valoraciones generales en torno a su relación, a nivel de poética y cosmovisión, con el grupo, a las que me referiré después-. En la compilación de Carlos A. Aguilera ya aparece Rito Ramón Aroche como parte de la poética del grupo, junto a Omar Pérez, cuyo primer libro publicado *Algo de lo*

sagrado –sobre el que escribí un largo ensayo en 1995-, también guarda con éste algunas afinidades generales. De las infinitas antologías que se perpetraron de aquella mítica generación, conservó físicamente sólo tres: las dos mencionadas y *Mapa imaginario. Dossier. 26 nuevos poetas cubanos* (1995), con prólogo y edición de Rolando Sánchez Mejías. Al salir de Cuba en 2004 hacia un definitivo exilio tuve que escoger entre muchas, algunas, y elegí esas tres. La primera, porque me sentí muy vinculado –aquella inolvidable tarde en que escuché la presentación de Antón Arrufat- a ese *nacimiento*. Quiero decir: yo no tuve un nacimiento poético generacional. Escribía, como un réprobo, una poesía clandestina, porque no me reconocía en el conversacionalismo abominable de mi generación, que pudo ser la llamada tercera de la Revolución, la de los negros, humeantes años setenta. Por eso, aquella tarde, íntima, silenciosa y simbólicamente, sentí que asistía a mi propio nacimiento generacional. No por gusto mi primer poemario, *Conversación con un rostro nevado*, Premio Luis Rogelio Noguerras 1991, se publicó en el mismo año de *Doce poetas...*, 1992, y por la misma editorial, Ediciones Extramuros, y editada, diseñada y corregida por las mismas personas: José Antonio Michelena, Roberto Artemio y Caridad Ramón... Significativamente, otros poetas de mi generación, terminaron también vinculados cosmovisivamente a la llamada poesía de la generación de los años ochenta: Reina María Rodríguez, Ángel Escobar, Soleida Ríos, Jorge Yglesias, Efraín Rodríguez... Del título de la segunda, *Mapa imaginario*, partí para titular un ensayo sobre esta generación “¿Otro mapa del país?”, que publiqué en los años noventa. Con la tercera guardo también una relación afectiva muy profunda, pues la dedicatoria que me regaló Carlos A. Aguilera, dice profética y exactamente: “A Jorge Luis Arcos, que de alguna manera también pertenece a la clase muerta, Con un abrazo, C. A. Aguilera, Bonn,

Enero, 2002”. Un año después, yo también me disolvía en la llamada diáspora insular. Al llegar a Madrid, en 2004, le escribí enseguida a Lorenzo García Vega que acababa de estrenar mi condición fantasmal, y él me respondió enseguida: “Qué bueno es estar bien acompañado”.

A partir de 1995, cuando me estrené como director de la revista *Unión*, intenté cubrir lo más constante y profundamente que podía los avatares de la nueva poesía cubana. Allí publiqué mi ensayo ya referido sobre *Algo de lo sagrado*, también otro comentario sobre *Páramos*, de Reina María Rodríguez –cuyo poema “Violent Island”, fue como un arquetipo simbólico para esta generación... Animé a Idalia Morejón Arnaiz, quien entonces trabajaba junto conmigo en la revista, a publicar allí su polémico ensayo sobre el mencionado *boom* de las antologías poéticas cubanas. Idalia, además, es acaso la mejor conocedora de la poética del grupo Diáspora(s) y de la poesía cubana en general de esos años. A través de ella conocí a Carlos Alfonso, a Omar Pérez y a otros poetas. Junto a ella concebí la idea de publicar un dossier sobre el grupo en la revista. Cuando ya teníamos numerosos textos previstos –recuerdo un extenso ensayo de Víctor Fowler, un larguísimo poema de *Richard* (Ricardo Alberto Pérez), entre otros-, le comenté nuestra idea al entonces presidente de la UNEAC, el después ministro de Cultura, Abel E. Prieto, quien se negó a que publicara dicho dossier en la revista de la institución que él presidía. Podía publicar a estos poetas individualmente, pero no reconocer pública, “oficialmente”, la existencia de un grupo cuya revista circulaba clandestinamente. Como estaba implícito en el título de aquella antología “En las puertas de la ciudad”, estaban condenados a la marginalidad, a la periferia –como rezan aquellos versos míticos de un poema de Ismael González Castañer incluidos en *Doce poetas...*: «“No vayas por la periferia, ve por la ciudadela furtiva” / “Nunca entres a la ciudadela acechante, cruza por la

periferia”». Poco tiempo después, asistiría, en la misma sede de la UNEAC, a una mesa redonda sobre la poesía cubana, donde participaban Rolando Sánchez Mejías, Pedro Marqués de Armas y Carlos A. Aguilera. Ese día supe algo de una manera radical y definitiva: que no podía hacerme ilusiones con la revista que yo dirigía, que la pretendida y romántica política secreta mía (no hacer política de ningún tipo, sólo publicar textos literarios de calidad) era, cuando menos, una ingenuidad, porque de esa manera estaba sin quererlo haciéndole el juego a la ominosa cultura oficial. En esa mesa redonda, en cuanto alguno de los escritores participantes mencionó la palabra política, el entonces presidente de la Brigada Hermanos Saínz, Fernando Rojas (ahora mismo Vicepresidente de Cultura), les advirtió que ellos estaban allí para hablar de poesía, no de política. ¡Qué paradoja terrible y profunda, qué síntoma revelador!, reveló sin querer aquel gris funcionario. Quienes –como yo- nos habíamos formado – y deformado- en un tiempo donde “el arte era un arma de la Revolución”, etc., etc., ahora constatábamos pasmados que al poder ya no le convenía ese maridaje, que ahora tácitamente pedía una suerte de remedo de “poesía pura”. Quienes fuimos enseñados a desarrollar un pensamiento crítico “marxista” y “revolucionario”, constatábamos cómo ya era peligroso ejercerlo. Era evidente, por lo menos, que la *llamada* Revolución (como la nombra Rolando Sánchez Mejías en el prólogo a *Mapa imaginario*), se había situado en sus propias antípodas. Es decir, podía ya hablarse de una época post revolución. Todavía recuerdo una anécdota más, ya a principios del siglo XXI, cuando el ensayista y profesor Daniel Balderston visitó la UNEAC y pidió asistir a un breve intercambio de ideas sobre la resurrección de revistas culturales cubanas. Asistimos los dos directores de las revistas de la UNEAC, *La Gaceta de Cuba* y *Unión*, más Francisco López Sacha, como presidente de los escritores. Estaban presentes Pedro Marqués de Armas y Carlos A.

Aguilera, pero estaban confinados al público, no podían hablar a nombre de la revista *Diáspora(s)*, pues ¿cómo hablar de una revista que no existe? Yo, sin embargo, hablé de ella y de su importancia. Al final, Pedrito y Carlos me agradecieron mi gesto y me revelaron que les habían impedido participar como expositores... Sin comentarios. Finalmente, cuando compilé *Las palabras son islas. Panorama de la poesía cubana del siglo XX* (1999), profundicé las ideas vertidas en mi ensayo “¿Otro mapa del país?”, y le conferí un importante lugar canónico a la poesía cubana de los años ochenta y noventa, como exponentes de un radical cambio cosmovisivo con toda la poesía anterior, y antologué, junto a Víctor Fowler, Juan Carlos Flores, Pedro Llanes, Sigfredo Ariel, Emilio García Montiel, Alberto Rodríguez Tosca, Reinaldo García Blanco, Carlos Augusto Alfonso, Omar Pérez, Antonio José Ponte, Heriberto Hernández, Damaris Calderón, María Elena Hernández, Alessandra Molina y Norge Espinosa, a Rolando Sánchez Mejías, Ismael González Castañer y Pedro Marqués de Armas, y en la introducción advertía que otros poetas como Ricardo Alberto Pérez y Carlos A. Aguilera no habían podido estar representados por poemas debido a la enorme extensión de sus poemas más significativos... Tanto en “¿Otro mapa el país?”, como en esta introducción, como en un libro de ensayos publicado en Madrid, *Desde el légamo. Ensayos sobre pensamiento poético* (Madrid, Editorial Colibrí, 2007), me refiero a la importancia de este grupo dentro de la literatura cubana contemporánea. Asimismo, en mi reciente libro sobre Lorenzo García Vega, le dedico un acápite en el capítulo final.

En fin, mi relación personal con varios de los integrantes del grupo Diáspora(s), exactamente con Ricardo Alberto Pérez, Rolando Sánchez Mejías, Ismael González Castañer y Pedro Marqués de Armas, fue de amistad,

además de cómo crítico, como poeta o como lector de poesía, y, como ya se ha visto, contextual.

2) ¿Qué opinión le mereció la revista *Diáspora(s)* en su momento (aspectos positivos y/o negativos)? (Señalar, en caso de que dicha valoración haya cambiado con el tiempo).

Conservo todavía un ejemplar de la revista *Diáspora(s)*. En fin, además de la importancia que le confería como crítico a la publicación en ella de textos de escritores del grupo a los cuales admiraba, la revista misma era un extraordinario *documento* (así se llamaban sus *números*) de una radical ruptura cosmovisiva con la literatura cubana (*nacionalista*) anterior. Recuerdo el extraordinario ensayo sobre la poesía de Jacques Derrida que leí en sus páginas. La poesía dejaba de ser ese Gran Relato del Estado Nacional Totalitario, o expresión de lo Sublime, o canalizadora (*kitsch*) del Sentimiento. Ya en una división muy polémica de la poesía cubana contemporánea en tres grandes zonas, pero muy sintomática de la poética del grupo, en el prólogo de *Mapa de país*, de Rolando Sánchez Mejías, se aprecia la autocalificación de la escritura de *Diáspora(s)*, como expresión del *pensamiento*, como algo distintivo frente a otras actitudes escriturales. Es cierto que en *Diáspora(s)*, hasta por su fuerte impronta neovanguardista, es muy preeminente la actitud intelectual, como algo previo incluso a la propia creación o que la acompaña siempre como gesto ideológico imposible de separar de la expresión textual. Pero, más allá de esta característica propia de tanto arte de vanguardia, -y tan presente, por cierto, en la poética de Lorenzo García Vega, tan metapoética, tan metatextual-, la revista encarna una zona, la ensayística, donde la expresión de diferencias estéticas y cosmovisivas muy importantes (como las representadas por el ensayo aludido de Derrida, “Qué cosa es la poesía”) con

respecto a la tradición poética insular (pienso, por ejemplo, en los “ejemplares” ensayos de Rolando Sánchez Mejías, “Olvidar Orígenes”-centro cosmovisivo de todo el proyecto ideoestético del grupo Diáspora(s)-, y de Pedro Marqués de Armas, “Orígenes y los ochenta”, ambos leídos en el Coloquio Internacional Cincuentenario de la Revista Orígenes en 1994 y que marcaron un *antes* y un *después*) cede incluso en importancia a otra zona (la que ejemplifica algún texto de Rogelio Saunders, “Acerca del lenguaje y el poder. Las palabras en el horizonte totalitario”, o de Pedro Marqués de Armas, “Literatura y totalitarismo (Notas sobre la experiencia Diáspora(s))” donde la ruptura ideológica es tan radical, algo inexistente en toda la historia de la cultura de la Revolución cubana, que entonces uno comprende por qué esa revista tenía que ser condenada al ostracismo interno. Pero también comprende que no otra cosa tenían que esperar (¿desear?) sus integrantes. Es decir, la marginalidad no era sólo una consecuencia de una ostensible diferencia, era también una vocación. Era una fatalidad, un destino (tragedia incluida) –en algunos textos de Carlos Alberto Aguilera la tragedia se confunde con la tragicomedia (como sucede también en textos de Lorenzo García Vega o de Reinaldo Arenas).

3) ¿Qué lugar merece ocupar, a su juicio, dicho proyecto dentro de las letras cubanas? ¿Por qué?

A continuación (a la espera de algún día contar con un tiempo mayor para responder más prolijamente esta pregunta en algún ensayo, pues creo que este grupo o “proyecto” no permite una rápida o escueta valoración) me limito a transcribir algunos párrafos de mi libro *Kaleidoscopio. La poética de Lorenzo García Vega*:

Luego de transcribir una gran parte del ensayo “Olvidar Orígenes”, de Rolando Sánchez Mejías, escribo:

«Intensas, profundas y melancólicas si no trágicas palabras que, en un instante, arrostraron ya no a Orígenes sino a toda la literatura cubana frente a una problemática que había sido eludida o que había quedado suspensa desde *Ciclón y Lunes de Revolución*: la relación con la crítica de la modernidad y, consecuentemente, después, con la posmodernidad. La coartada de que había *otra* modernidad, que había sido interrumpida por la modernidad occidental imperialista y que habría de realizarse con la Revolución cubana había diferido el enfrentamiento con la verdadera (o, al menos, real, no utópica o profética) problemática de la contemporaneidad. De repente, el gran relato de la Poesía (Orígenes) o de la Historia (Literatura de la Revolución) se miraba desde una extrañeza radical. Extrañeza que también se manifestó en la poesía de esta generación llamada de los ochenta y noventa. Y no sólo Diáspora(s) – que fue acaso su expresión más radical, pues conjugó una vocación de ruptura neovanguardista con una acendrada ascesis intelectual-, sino incluso otros poetas, como Ponte, pudieron escribir: “La poesía puede ser una experiencia atroz”¹. La poesía insular regresó entonces a mirar desde donde acaso nunca debió haber dejado de percibir la realidad: desde una radical intemperie de su ser. Ya no más espejismos de ningún deber ser utópico o teleológico. La Historia no podía ser el confín donde debía encarnar la Poesía, porque se convertiría en su sierva o, en todo caso, la sustituiría como una suerte de autocomplacencia sublime. Ni ídolo ni demiurgo. Ni la apoteosis (encarnación) estética de la Historia ni de lo Lírico como compensación

¹ Ponte, Antonio José: “Con Ubaldo en casa de Iván”. *Poesía (1982-1989)*. La Habana, Editorial Letras Cubanas, 1991, p. 28.

esencialista de aquella. En todo caso, estos poetas apostaron por un nuevo principio, aunque ya no inocente, con una conciencia traspasada por la ironía y por un visceral escepticismo. La poesía sería precisamente el territorio donde se manifestaría una suerte de aporía, de contradicción irresoluble –“De la contradicción de las contradicciones, / la contradicción de la poesía, / borra las letras y después respíralas / al amanecer cuando la luz te borra”, había escrito Lezama, como grabando un tatuaje sobre el cuerpo de la poesía, en su último libro, *Fragmentos a su imán* (1977)²-, como si no pudiera ya avanzar hacia ningún umbral (histórico o trascendente), como si ella misma fuera su propio umbral... El exceso de pensamiento crítico, el vértigo de la autoconciencia, encuentran un correlato provisorio en un ludismo intelectual o en construcciones poemáticas que crean una tensión, a veces incluso cínica, entre lo jovial y lo intelectual, que es la manera -¿tragicómica?- en que se manifiesta entonces la ironía trágica.

Lezama escribió que “La poesía sólo es el testigo del acto inocente –único que se conoce- de nacer”³, pero también aludió al “pecado sin culpa, eterna pena / que acompaña y deslucé la amargura / de lo que cae, pero que nadie nombra”⁴. En ese vaivén entre un origen paradisiáco y la gravedad sombría del pecado original, y la esperanza de la Resurrección, se mueve toda su poética de la imagen. Pero estos poetas, como también García Vega, no ven a la imagen como espacio compensatorio de la historia de la caída, mucho menos creen que la imagen deba encarnar en la Historia, ni aguardan una Resurrección. Porque la imagen, para ellos, es la historia misma, ahíta de una furiosa inmanencia. Ningún Gran Relato puede suplir esa conciencia trágica que

² Lezama Lima, José: “Discordias”. *Poesía completa*. Ed. cit., p. 460.

³ Lezama Lima, José: “Diario de José Lezama Lima”. *Revista de la Biblioteca Nacional José Martí*. La Habana, (2), 1988, y en Lezama Lima, José: *Diarios. 1939-1949 / 1956-1958*. Ed. cit., p. 17.

⁴ Lezama Lima, José: “Invisible rumor”. *Poesía completa*. Ed. cit., p. 61.

termina por resolverse en juego, en ludismo mental o en proliferación incesante de la imagen al renunciar a cualquier trascendencia redentora. La imagen está confundida con el cuerpo, fugaz, perecedero... Y ahí, y sólo ahí, radica su trágica consumación, no carente, por cierto, de vitalidad e intensidad. Se saben, pues, restos rápidos, ruinas, residuos, fulguraciones instantáneas, soplos...»

Más adelante, también:

«El grupo Diáspora(s) y otras relaciones con el neovanguardismo contemporáneo

Antes de finalizar este libro, es muy importante tomar en cuenta, así sea brevemente, la nueva mirada que se desplegó sobre su obra por la llamada generación de los años ochenta y noventa⁵ tanto en Cuba como en el nutrido y renovado exilio o diáspora insulares. Es como si toda su obra hubiera esperado ese momento para renacer. Como si lo que llegó a sentir como un “anacronismo”, y lo que tuvo que significar la pérdida de su lector ideal producto del exilio y del ostracismo a que fue condenado, desaparecieran de repente, o se trasmutaran hacia una segunda vida.

⁵ Sobre García Vega han escrito textos Antonio José Ponte, Carlos A. Aguilera, Rogelio Saunders, Víctor Fowler, Pablo de Cuba Soria, Rafael Rojas, Duanel Díaz, Jorge Luis Arcos, Enrique Saínez, Carlos Espinosa, Carlos Victoria, Jorge Domingo (véase Bibliografía), en primer lugar. Pero a él se han referido con significativa apreciación numerosos escritores cubanos –Rolando Sánchez Mejías, Pedro Marqués de Armas, Reina María Rodríguez, Damaris Calderón, (véase Bibliografía), con las excepciones de José Prats Sariol y Eduardo González (véase Bibliografía), y algunos juicios de Duanel Díaz... Significativamente, también García Vega ha escrito textos sobre Rolando Sánchez Mejías, Pedro Marqués de Armas, Rogelio Saunders, Carlos A. Aguilera, Juan Carlos Flores, Alessandra Molina, Reina María Rodríguez, Soleida Ríos, y Damaris Calderón, de la llamada generación de los años ochenta y del grupo Diáspora(s). (véase Bibliografía)

No es hasta esa generación, o incluso hasta ese tiempo, que García Vega encuentra sus lectores naturales. Agotado ya el conversacionalismo⁶, hacia mediados de la década de los años ochenta, como norma poética predominante, si no exclusiva, de la poesía cubana de la Revolución, ésta se abre entonces a la continuación interrumpida con la rica tradición poética anterior; a una suerte de postconversacionalismo (con una cosmovisión diferente, sobre todo, aunque conserve la retórica conversacional, y que es la tendencia mayoritaria); a algunas manifestaciones neo-origenistas o que incorporan algunas ganancias de la poesía pura inclusive, o a una poesía de difícil definición, en muchos aspectos neovanguardista pero con un énfasis marcado en el pensamiento, con elementos de humor, incluso sarcasmo, cercana entonces también a la antipoesía parriana, y, en general, abierta a la experimentación, con alguna aproximación a la poesía concreta brasileña. Esta última tendencia, la neovanguardista, sin duda la más novedosa, entre otras razones, por no tener una fuerte tradición anterior, fue la que encarnó el único grupo literario bien definido de las últimas tres décadas de la poesía cubana: Diáspora(s), con revista de igual nombre⁷. Agrupó a Rolando Sánchez Mejías⁸, Carlos Alberto Aguilera, Rogelio Saunders, Ricardo Alberto Pérez, Pedro Marqués de Armas, Ismael González Castañer, entre otros escritores,

⁶ Véase: Arcos, Jorge Luis: "Las palabras son islas. Introducción a la poesía cubana del siglo XX", en *Las palabras son islas. Panorama de la poesía cubana. Siglo XX (1900-1998)*. Selección e introducción de J. L. A. La Habana / Madrid, Editorial Letras Cubanas, 1999, y en su *La palabra perdida. Ensayos sobre poesía y pensamiento poético*. La Habana, Ediciones Unión, 2003; también: Morejón Arnaiz, Idalia: "Eppure se move: Las transformaciones de la norma poética en Cuba", en VV.AA.: *Cuba. Poesía, arte y sociedad. Seis ensayos*. Madrid, Editorial Verbum, 2006: "Arqueología del no saber: intelectuales y política en Cuba, 1989-2005". *Cubista Magazine*, verano, 2006, y "El grupo Diáspora(s): nacionalismo, neovanguardia y experimentación". *Diario de Cuba*. 27 de julio, 2011.

⁷ Véase: Sánchez Mejías, Rolando: "Olvidar Orígenes" y Marqués de Armas, Pedro: "Orígenes y los ochenta". *Diáspora(a). Documentos 1*. La Habana, septiembre, 1997. También: Saunders, Rogelio: "Zona Cero". *Fogonero emergente (un) archivo*. Revista digital, y Ponte, José Antonio: *El libro perdido de los origenistas*. Ob. cit.

⁸ Véase: García Vega, Lorenzo: "Un collage de cálculo". *Lateral. Revista de Cultura* (114), junio, 2004.

aunque otros poetas se aproximan a menudo a su gesto en algunas vertientes de sus obras, como Carlos Augusto Alfonso, Víctor Fowler, Rito Ramón Aroche, el primer Omar Pérez, el último Juan Carlos Flores, Pablo de Cuba y Javier Marimón, entre otros. Otros escritores se han sentido también cerca de la cosmovisión, si no de la poética, de García Vega: Reina María Rodríguez, Efraín Rodríguez, Damaris Calderón, Antonio José Ponte, Soleida Ríos y otros.

Es esta última tendencia, la neovanguardista, la que produce la ruptura más radical, ya no sólo con el conversacionalismo sino con facetas muy importantes del origenismo, aunque también conserve algunos elementos de este. De alguna manera, por caminos diferentes en el tiempo, coincidieron, en muchos aspectos esenciales, la poética de García Vega y la de Diáspora(s). Incluso, una de las antologías derivadas de Diáspora(s), *Memorias de la clase muerta* (2002)⁹, fue prologada por García Vega, quien no pudo ocultar su entusiasmo al referirse a estos poetas que parecían detentar una semejante vocación de marginalidad.

Además de los aspectos coincidentes (humor, juego, minimalismo, apertura hacia zonas culturales ajenas a la tradición nacional, fuerte soporte filosófico en algunos, y vocación experimental, entre otros), esta poesía encarnó, con respecto a la tradición poética inmediatamente anterior, y a algunas proyecciones del origenismo (teleología insular, discurso lírico), una suerte de poética del reverso. Con una proyección, en la mayoría de sus exponentes, subversiva con respecto a la política de la cultura oficial de la Revolución, tanto política como filosóficamente; con una fuerte revisión de todo mito

⁹ García Vega, Lorenzo: "Prólogo sin credenciales", en *Memorias de la clase muerta. Poesía cubana 1988-2001*. Compilación de Carlos A. Aguilera, México, Editorial Aldus, 2002.

nacionalista, y, en general, apartándose de toda expresión sentimental para poner el énfasis en el pensamiento, tenía que ser afín con una zona importante de la cosmovisión y de la poética de García Vega, como también se sintió cercana a la última poesía de Ángel Escobar, a la del otro disidente de Orígenes: Virgilio Piñera, y a la de un José Kozer (sobre todo por su actitud ante la creación). Muchos de estos poetas, además, han terminado por tomar el camino del exilio o de la diáspora, y otros se mantienen, dentro de Cuba, en una suerte de insilio o exilio interior, algo que, también, ha terminado por aproximarlos.

Al final de *El oficio de perder*, quien se sintió exiliado en La Habana, con apenas diez años (y de su infancia -como Rilke), y, ya para siempre, en cualquier realidad, se pregunta, citando a Jacques Vaché: “...*desertar dentro de sí mismo* (Vaché). Ser un exiliado interior. Esto puedo sentirlo, pero sólo a medias. Pues puedo sentir, a veces, dentro de mí mismo, que desierto, pero lo que no puedo hacer es instalarme dentro de mi desgarrón”¹⁰.

Uno de los acercamientos críticos más lúcidos y originales sobre la última obra de García Vega se debe a un ex integrante de Diáspora(s): Rogelio Saunders¹¹. Otros, de Carlos A. Aguilera (también de Diáspora(s)¹²), de Víctor Fowler¹³, de Pablo de Cuba¹⁴ o varios de Antonio José Ponte¹⁵ iluminan una

¹⁰ García Vega, Lorenzo: *El oficio de perder*. Ed. cit., p. 570.

¹¹ Saunders, Rogelio: “Cuerdas para Lorenzo / La escritura en falta I / III: Escritura y falta”. *La Habana Elegante*. Revista digital, (38), verano, 2007.

¹² Aguilera, Carlos Alberto: “El último de los origenistas”. *Revista Encuentro de la Cultura Cubana*. Madrid, (21-22): 28-32, verano/otoño, 2001, “La Patria Albina” (entrevista). *Cubaencuentro*. Periódico digital, viernes 9 de septiembre, 2005, y “La Devastación. Conversación con Lorenzo García Vega”. *Crítica*. Puebla, junio, 2002.

¹³ Fowler, Víctor: “De un notario incómodo”. *Revista Encuentro de la Cultura Cubana*. Madrid, (21-22), verano/otoño, 2001.

¹⁴ Cuba Soria, Pablo de: “*El frío en que se penetra por secreta vocación (Anotaciones sobre la poesía de Lorenzo García Vega)*”. *Unión*. La Habana, octubre-diciembre, 2003, “El triunfo melódico

afinidad que, coincidente con una severa relectura del pasado y de la tradición, y en un desajuste profundo con el presente, se proyecta hacia lo desconocido y creador de un futuro imprevisible. Y aquí la *vía negativa* es preeminente: porque no sabemos cuál será la geografía coincidente del porvenir, pero lo que sí sabemos es lo que no van a hacer, con lo que no van a coincidir... Por lo que el reverso, acaso por primera vez en la historia cultural insular, se ha vuelto más potencialmente creador que toda la llamada cultura del sí.

De esta manera, más allá de los esquemáticos fatalismos generacionales, Lorenzo García Vega terminó por hacer coincidir su peculiar vanguardismo transhistórico y su poética del reverso con una zona de la poesía cubana contemporánea. Aunque no sólo con ésta. Desde hace años, una suerte de neovanguardismo lateral, aunque con fuertes tradiciones en la literatura brasileña y argentina, ha ido cobrando fuerzas en Hispanoamérica, sobre todo ante la merma retórica de la antes central poesía conversacional iberoamericana. Desde su anacrónico vanguardismo- como alguna vez lo llamó- García Vega termina por encontrar una tradición que le es afín. Primero, se siente identificado con la poesía concreta brasileña –como luego lo hará Diáspora(s) también-; o –y sin pretender ser exhaustivo- con figuras aisladas, como los chilenos Juan Emar, sobre todo, o los clásicos Vicente Huidobro, Nicanor Parra, Gonzalo Rojas, y el más joven Rosamel del Valle; los peruanos, Emilio Adolfo Westphalen, César Moro, y, entre los más jóvenes, Reynaldo Jiménez; los venezolanos, José Antonio Ramos Sucre,

del fracaso" (*Internet*), "Lorenzo García Vega: preguntas a un escritor albino". *El Nuevo Herald*, noviembre 13, 2005.

¹⁵ Ponte, Antonio José: "Por los años de *Orígenes*". *Unión*. La Habana, (18): 45-52, enero-marzo, 1995, *El libro perdido de los origenistas*. México, D. F., Aldus, 2002, "Prólogo", en García Vega, Lorenzo: *El oficio de perder*. Sevilla, Editorial Renacimiento, 2005, "El más exiliado de los exiliados". *La Nación*, sábado 20 de octubre, 2007, "Un cultivador del slapstick". *Cubaencuentro*. Periódico digital, 2008.

Rafael Pocaterra, y Juan Sánchez Peláez; los brasileños Haroldo de Campos y Wilson Bueno; los colombianos Raúl Henao y Fernando Charry Lara; el dominicano León Félix Batista; el nicaragüense Carlos Martínez Rivas; los españoles Ramón Gómez de la Serna y José Miguel Ullán; el mexicano José Manuel Othon; los uruguayos Felisberto Hernández, Roberto Echavarren, Ida Vitale y Eduardo Espina; el guatemalteco Sergio Chejfec; aparte de Diáspora(s) y otros poetas mencionados, los cubanos exiliados Octavio Armand, José Kozer, Carlos M. Luis. Finalmente, hallará en Argentina –con cuya tradición anterior guardaba fuertes lazos a través de figuras como Macedonio Fernández, Roberto Arlt, Oliverio Girondo- un espacio público de reconocimiento editorial y crítico. Muchos son sus pariguales aquí: Olga Orozco, Norah Lange, Héctor Libertella, Tamara Kamenszain, Juan Salzano, Mercedes Roffé, Na Kar Elliff, Rafael Cippolini, Daniel Samoilovich, Francisco Garamona, Liliana García Carril, Damian Tabarovsky, Mario Arteca, Hugo Savino, Francisco Prom, Edgardo Dobry, etcétera. Y no estoy señalando sólo a escritores que lo hayan influido directamente, como podrían ser los casos de Macedonio Fernández, Arlt, Huidobro, Gómez de la Serna, Felisberto Hernández, Emar, Sucre..., sino señalando, sobre todo, una suerte de afinidades electivas, un grupo afín¹⁶. Incluso, entre los más jóvenes, hay algunos que, incluso, han recibido su influjo¹⁷. Entonces, quien comenzó dentro de una tradición lateral, quien se sintió durante mucho tiempo como un

¹⁶ García Vega ha escrito textos sobre Juan Sánchez Peláez, Héctor Libertella, Emilio Adolfo Westphalen, Rosamel del Valle, León Félix Batista, Mercedes Roffé, Na Kar-Elliff, César Moro, Rafael López Pedraza, Olga Orozco, Norah Lange, Daniel Samoilovich, José Miguel Ullán, Ida Vitale, Liliana García Carril, Edgar Bayle, Manuel José Othon, Wilson Bueno, Raúl Henao, Vicente Rojo, Juan Salzano, Francisco Garamona, y, también, sobre Silvia Plath, Felisberto Hernández, Anais Nin, Alejandra Pizarnik, Clarise Lispector, Kurt Vonnegul, Baudrillard, Alain Robbe-Grillet, entre otros (véase Bibliografía).

¹⁷ En la Bibliografía sobre Lorenzo García Vega puede apreciarse una gran cantidad de escritores jóvenes que lo consideran un maestro o una lectura ineludible.

escritor anacrónico, terminó por situarse como un referente importante dentro de una de las tradiciones más creadoras de la neovanguardia de las letras iberoamericanas.»

Agrego también dos extensos pasajes de la Introducción, “Desde el légamo” y el epílogo, “Notas póstumas sobre un canon futuro”, de mi libro *Desde el légamo. Ensayos sobre pensamiento poético* (Madrid, Ed. Coliobrí, 2007):

De “Desde el légamo”:

«Toda la historia de Cuba se ha desenvuelto frente a un imposible político y ya casi ontológico. El holocausto aborigen de la conquista y colonización –por eso *Plácido* pudo intuir esa su compensación o justicia poética: “Hoy vagan como las hadas al resplandor de la luna”-; la sordidez de la Colonia, que tanto afectó la psiquis de Manzano, de Milanés, de Zenea, de Juana Borrero, de Casal, aunque también propició el destino solar más trágico de un cubano: José Martí; el vacío, la llamada frustración de la República, que tanto desveló a Villena, Tallet, Loveira, Poveda, Mañach, Guillén, y frente a la cual surgió el grupo Orígenes, y finalmente *esto* que hemos padecido con la revolución: la dictadura más larga del mundo occidental. De nuevo el imposible, la frustración, la diáspora, la corrupción moral, el absolutismo, el espejismo de la Historia, la idolización de una ideología pragmática y oportunista, el populismo de antigua estirpe fascista o comunista, las mediaciones externas del imperialismo y del comunismo, en fin, el horror de la Historia, esta vez con el agravante de una promesa utópica: *lo que pudo haber sido la*

Revolución cubana... Porque ese ha sido sin duda el mayor horror: vivir sacrificialmente una utopía. Una suerte de Paraíso escamoteado. Por eso después de Orígenes sólo es posible Diáspora (s). El camino ciego: todo el eterno discurso de la cubanidad, de la identidad, de la “Teleología insular”, de “la nación que nos falta” desembocando en este espanto, acaso avizorado poéticamente en “La isla en peso” de Virgilio Piñera, el reverso del mito de “Noche insular, jardines invisibles” de Lezama, pero mito a la postre también. Somos los hijos sacrificados de una ensoñación mítica y utópica. Desde que Heredia constatará “Las bellezas del físico mundo, los horrores del mundo moral”, hasta los versos tan virgilianos de Guillén: “Mi patria es dulce por fuera, con su verde primavera, con su verde primavera, y un sol de hiel en el centro”, o acaso hasta el “barroco carcelario” del Lezama de *Fragmentos a su imán*, o hasta la luna tanática, final –suerte de Diosa Blanca-, de *Antes que anochezca* de Reinaldo Arenas, la Historia ha sido la obsesión y el desfiladero trágico de la literatura cubana. Claro que eso nos ha aportado una sospechosa y turbia singularidad y, sobre todo, nos ha dotado de una intensidad que ha devenido, en el reino de las transposiciones literarias, una extraña plenitud, un estado perenne de extrañeza. Por cierto, cuando se quiera constatar el *frío* de ese destino, las consecuencias del imposible, bastaría leer las páginas de un librito como *La luz del imposible*, de Cintio Vitier, para sopesarlo en profundidad. No es cuestión siquiera de estar de acuerdo o no con sus ideas, sino de sentir la intensidad, la temperatura de una lucidez siempre en vilo.

Bastó con que se dejara a un lado la literatura utópica, la teatralización de las expectativas, el remedo insular del realismo socialista, para que a partir de finales de la década de los años ochenta la literatura cubana comenzara a

acercarse a su verdadero infierno con una intensidad pasmosa. Bastaron la literatura *otra* de Diáspora(s), por un lado, y, concurrentemente, los poemas de Ramón Fernández Larrea, Antonio José Ponte, Emilio García Montiel, Alberto Rodríguez Tosca, entre muchos otros, para volver a situarnos en un punto ciego, en otra encrucijada, acaso un nuevo principio. Dos poetas suicidas, inmediatamente anteriores, Raúl Hernández Novás y Angel Escobar, habían llevado hasta sus últimas consecuencias y con una furiosa intensidad la enajenación que se derivaba de aquellos dos extremos a los que me refería antes, simbolizados por los poemas aludidos de Lezama y Piñera. Hay que decir que frente a esos dos extremos Diáspora (s) parece encarnar otra salida posible, anticipada acaso por las singulares aventuras intelectuales de un Severo Sarduy, un José Kozer y un Lorenzo García Vega. Otro caso, sin duda singular, fue el de Alejo Carpentier. Ninguna vivencia literaria tanto de una historia utópica como de una historia fáctica salvará a la literatura cubana. Frente a esos dos abismos o espejismos sólo cabe aquella actitud lezamiana cuando evocaba al *Perugino*: la creación de mundos imaginales, la fidelidad a una escritura, el eterno desnacer o volver a nacer, es lo mismo. De ahí que la obra literaria o ensayística de una Reina María Rodríguez, un Juan Carlos Flores, un Abilio Estévez, una Damaris Calderón, una Ena Lucía Portela, un Rolando Sánchez Mejías, un Antonio José Ponte, un Efraín Rodríguez, un Carlos Augusto Alfonso, un Pedro Marqués de Armas, un Víctor Fowler, una Margarita Mateo, un Ernesto Santana, un Ernesto Hernández Busto, una Alexandra Molina, un Iván de la Nuez, un Rafael Rojas, un Luis Manuel García, un Norge Espinosa, un Néstor Díaz de Villegas, entre otros muchos, encarnen una verdadera promesa de un futuro diferente para la expresión insular, que se sitúe más allá de esos dualismos que tanto han mediado y maniatado su expresión. Lo que pedía Lezama para la nueva novela en “Mann

o el fin de la *grandeza*”: “Gérmenes, orígenes, plasmas nuevos tienen que ser descubiertos...” Mirar, sentir, percibir la realidad desde un légame reminiscente, diría yo. Porque de lo que se trata siempre es de ser capaz de revelar una percepción desconocida de la realidad: singularidad, intensidad, extrañeza. ¿Qué es lo que hace Martí en su *diario* si no ofrecer una nueva percepción de la realidad, con un lenguaje diríase que protoplasmático? En fin, conocimiento de lo invisible, o percepción desconocida de lo conocido. No hay otro camino, o sí, aquellos ya conocidos y que nos han despeñado en esa eterna noria de la que hablara Boti en su estremecedor poema “El café”. Habrá que descender al reino terrible de la Medusa, a la sede de un sentir originario, donde palpitan las criaturas aún informes, como recreara María Zambrano en *Claros del bosque* o, en nuestro ámbito, Lezama en *Dador...*»

De “Notas póstumas sobre un canon futuro”:

(...)

«Hay cierta perversidad en el caos. Pero la perversidad es un síntoma de culturas ya hechas. Acaso sólo se pueda escribir sobre lo que se deshace. Habrá que terminar por darle oblicuamente la razón a Lezama. Sí, en efecto, lo que tenemos ante nuestra vista, después de casi medio siglo de literatura, es una suerte de era imaginaria al revés. Quiero decir, no aquella “alba poética” jubilosa -casi fascista- con que se soñó, ay, tan ingenua o equivocadamente, sino otra imprevista, que ha terminado por erigir una intensa literatura sobre la base de desviarse corrosivamente del mito nacional. Habría que re-escribir *Lo cubano en la poesía*, o escribir su epílogo, su vuelta de tuerca, su apasionado caos. Como siempre –hasta ahora- son mayormente los poetas los que han

ofrecido mejor ese testimonio. Si aconteciera un diluvio y hubiera que buscar entre las ruinas, los pecios, para reconstruir una civilización perdida, serían mayormente algunos fragmentos de poemas los que ofrecerían las claves para esa recuperación imaginaria. Espero que en esa búsqueda arqueológica no se pierda “La ronda” de Zequeira o el *Diario* de Martí. *Dador*, de Lezama, sería nuestra fantasmal cosmogonía. Y muchos poemas y fragmentos de contadas novelas (Villaverde, Meza, Novás Calvo, Carpentier, Lezama, Sarduy, Cabrera Infante, ciertas prosas -y algunos poemas- de Piñera, o de Lorenzo García Vega y Reinaldo Arenas, algunos diálogos finales de Miguel Collazo... Prosas recientes de Sánchez Mejías, Estévez, Ponte, Ena Lucía...). Y ejemplos selectos de la poesía de fines de los ochenta y de los noventa (además de Hernández Novás y Escobar, Kozler, Amando Fernández, Reina María, Efraín Rodríguez, Luis Lorente, Lina de Feria, Fernández Larrea, Carlos Alfonso, García Montiel, Omar Pérez, Ponte, Pedro Marqués, Dagmaris Calderón, C. A. Aguilera, Víctor Fowler, González Castañer, Rito Ramón Aroche, Alessandra Molina, Juan Carlos Flores, Alberto Rodríguez Tosca, Sigfredo Ariel, González Esteva, Rodolfo Häsler, Ricardo Alberto Pérez, Néstor Díaz de Villegas..., y seguramente otros, porque como la poesía se ofrece en instantes, en versos, en fragmentos, ¿ruinas?, rescoldos, se presta para elegir mejor que autores, textos). Algún día habrá que hacer una historia de esta generación o suprageneración de fines del siglo XX y principios del XXI como la más intensa, variada, significativa, al menos, dentro del ámbito iberoamericano. Son los poetas de las ruinas, las catacumbas, la diáspora, en fin, los supervivientes... En un mundo donde la poesía tiene cada vez menos peso imaginario y editorial, por esa como singularidad cósmica acaecida durante medio siglo insular, ese testimonio poético tan polifónico se alza como una de las más espléndidas aventuras verbales –poderosamente

encarnada- de la literatura contemporánea. Sí, ciertamente, sólo la perversidad es estimulante.

4

¿No se ha pensado que Cuba finalmente se ha hundido *ya* en el mar? La Cuba futura será la negación de todas las imaginadas con ánimo de recuperación retrospectiva. Sería muy interesante una novela que mezclara las diferentes memorias imaginarias de diversas generaciones. Como en un palimpsesto alucinante, asistiríamos a una multitud simultánea de voces e imaginarios diferentes. Que deliciosa ironía cuando todo niegue aquella otra Cuba que nos han impuesto durante medio siglo de farsa teatral. Pero incluso ese imaginario “revolucionario”, como farsa, puede tener un filón literario, con cierto sabor a época pasada, muy interesante. Como si fuera nuestro verdadero surrealismo (y nuestro fascismo corriente). Incluso nuestra diáspora. Porque todo crea su reverso a la postre, y la literatura termina por nutrirse más de imposibles, de vacíos, que de certidumbres o utopías impuestas. Ya se ve que vamos alcanzando en espesura histórica –“visión histórica”, diría Lezama- a culturas más antiguas. Esa psicología social, esa percepción de un período no por devastador menos intenso, nos confiere como una memoria de la decadencia, como la de los romanos actuales: ¡los romanos del Caribe! Creo que Lorenzo García Vega -al que leo ahora mismo frenéticamente- será un referente ineludible en esa nueva percepción. Algo perverso pero muy estimulante será la memoria del superviviente de esa Atlántida imprevisible por desconocida.

5

Trátese de imaginar simplemente cómo será nuestro imaginario cuando todos los tiempos y espacios ahora en franca expansión y caos, se reúnan de nuevo en un solo ámbito espacio-temporal. ¿Será nuestro *big bang*? ¿Nuestro *tokonoma*? ¿Emergeremos como a través de un hueco negro hacia una dimensión desconocida? No lo sabemos. Tal vez sobrevenga un tiempo de aridez. Tiempo y espacio feos, rotos, ciertamente dañados. Quizás no sepamos qué hacer de momento. La libertad añorada será como una comarca ancha y ajena. Perplejos, más extrañados si cabe, tendremos que nadar hacia una costa, orilla, linde, confín de incierta definición. Caídos los muros, desaparecido el rey y su corte fantasmagórica, quedará un paisaje desolado pero ahito de significación. Debajo de cada piedra, una voz, una imagen, una historia posible o imposible, qué más da. Nos quedará ciertamente el rostro del histrión.

6

No me complacen mucho las profecías, pero creo que hemos agotado nuestra cuota de nacionalismo épico y lírico. Al menos ese nacionalismo *fuerte* que nos ha avasallado tanto últimamente –nacionalismo fuerte y unilateral, en el sentido de supeditarse o circunscribirse, además, a apoyar una opción política determinada. Es preferible que haya grandes escritores antes que nacionalidades literarias. Carpentier sería un ejemplo paradigmático hasta cierto punto. ¿Tiene algún sentido perdurable enfatizar que Cioran sea rumano o Conrad polaco o Kundera checo? El propio Kafka es culturalmente más judío, aunque fuera revulsivamente, que otra cosa. ¿Y Beckett? ¿Y Gombrovicz? Más allá de sus evidentes orígenes argentino y cubano, Borges (*Fervor de Buenos Aires*) o Eliseo Diego (*En la Calzada de Jesús del Monte*),

¿no terminaron por encarnar más que una nacionalidad, una más amplia visión cultural? La poesía de Gastón Baquero es otro ejemplo. Porque una visión cultural debe necesariamente ir más allá de todo estrecho nacionalismo. Por lo demás, más allá de todo imprevisible o previsible énfasis imperial –que puede ser muy oprobioso, no lo discuto-, parece un suicidio aferrarse a veleidades nacionalistas en literatura. Una cosa es nutrirse culturalmente de singularidades nacionales o, incluso, regionales, y otra negar la inevitable tendencia hacia la globalización de la cultura. Esa globalización que tanto nos asusta, ¿no sucedió ya en el imperio romano? Es curioso, pero después de ese substrato imperial -la Romanía-, se desarrollaron las lenguas romances y los estados nacionales. Pero algo quedó en pie, y fue nada menos que eso que universalmente se reconoce como la cultura occidental. Es cierto que, por ejemplo, el cristianismo comenzó siendo dentro del imperio romano una clandestina y perseguida suerte de *escuela del resentimiento*, pero sólo prosperó por su integración posterior a un discurso ecuménico. Creo que el mundo –si perdura- se orienta inevitablemente hacia una nueva organización y visión cultural. Cumplida –para bien y para mal- la época nacionalista, la literatura cubana, los escritores cubanos (sería mejor decir) se salvarán si se abren a ese promiscuo confín futuro, a ese mestizo *ajiaco* universal. La literatura, en última instancia ¿no es contaminación incesante? Claro que la injusticia que corroe al mundo es un caldo de cultivo para la proliferación de las diversas *escuelas de resentimiento*, pero ninguna de esas “escuelas”, si persisten en su fanatismo, perdurará. Esas vías unilaterales son, además que inevitables, hasta cierto punto necesarias, pero no para enfatizar su diferencia a ultranza, sino para indicar a la postre cuáles son los aspectos de la vida que quedan marginados y que deben ser integrados dentro de una visión cultural más amplia. Si la literatura y los escritores cubanos pudieran liberarse de toda

tentación de resentimiento, tendrían abierto el camino hacia la verdadera singularidad. En última instancia, es ciertamente más fácil el camino del resentimiento, pero más pobre, y más difícil el camino agonístico de la singularidad universal, pero más perdurable. En el caso cubano, se ha padecido el peligro de la tiranía de una ideología, pero también el de un nacionalismo populista, el adocenado mito de la identidad. Espero que algún día ese pasado sea eso, pasado, y nada más.

(...))»

Jorge Luis Arcos,

San Carlos de Bariloche, 17 de septiembre, 2012